

EL MAESTRO DE LA NIÑA.

COMEDIA NUEVA EN DOS ACTOS.

PERSONAS.

DON PEDRO, padre de	DOÑA CECILIA.
SILVERIO, sobrino de	DON ROQUE, abate, su maestro.
DOÑA LUISA, madre de	DOS CRIADAS.

La escena es en una casa de campo de Doña Luisa.

ACTO PRIMERO.

Empiezan bordando Doña Cecilia y dos criadas.

Criad. 2.^a Ya acabé yo mi tarea.

1.^a Si hubiera sido tan larga como la mía, quizá en un mes no la acabarás.

2.^a Qué eres tú mas viva? 1.^a No, pero soy mas aplicada.

2.^a Y basta que tú lo digas.

Sale Silverio. Queridas, mi tía os llama para vestirse. 1.^a Al instante vamos allá.

Cecil. Nicolasa, llévate tú la labor que estoy de bordar cansada, y las lecciones de historia y geografía aguardan, y luego riñe el maestro sino me aplico. 1.^a Qué mala es el tal maestro! 2.^a Tampoco es la discípula mala. (vanse las dos.)

Silver. Prima, adorable Cecilia, no me dirás por qué causa huyes de mí? Quince días solos ha, que en esta casa de campo, donde tu madre todos los veranos pasa, estamos mi padre y yo, y ya de verme te cansas? No será bastante corta esta dichosa jornada

para mí, sin que pretendan tus desvios abreviarla?

Cecil. Primo, la verdad, estoy contigo muy disgustada, muy disgustada, clarito.

Silv. Pero por qué? Cec. Escucha y calla.

Yo al principio te creía dócil, de condicion blanda y buen corazon; mas luego he visto que nos engañas, y tu mal genio desmiente lo que dicen tus palabras.

A cualquier parte que voy vas siguiendo mis pisadas; no apartas de mi los ojos; á donde hay gente me hablas quedo; y siempre que te miro te sonries: linda gracia!

Tú piensas que no lo observo por qué disimulo? eh? vaya! demas de eso, esas vivezas, enfados y extravagancias que te dan; ese cuidado siempre que me ves sentada de ponerte junto á mi, siendo una sombra ordinaria y continua de mi cuerpo....

Silverio, en una palabra, tú eres muy tonto, y estoy contigo muy disgustada.

Silver. Perdóname, bella prima, confieso que es delicada mi condicion, y debía

sujetar con mas constancia
 los primeros movimientos
 que las pasiones me causan;
 mas vencerse cada instante
 un hombre que teme y ama,
 es esfuerzo muy penoso:
 ademas de que me tratan
 aquí todos con desprecio,
 sin preveer que á Dios gracias
 conozco bastante el mundo,
 sus estilos y sus maulas,
 sin que me estén dando siempre
 lecciones extraordinarias.

Cecil. Me alegro que me lo adviertas:
 y no te diré palabra
 jamás.

Silver. Conigo, Cecilia,
 mis sentimientos no hablan;
 que ávros de la amistad
 jamás humillan ni enfadan.

Mas quién puede tolerar
 que Don Roque, vervi gracia,
 olvidando entre los dos
 las diversas circunstancias,
 pretenda darme á mi el tono?
 Para esto no hay tolerancia.

Cecil. En cuanto á él, si á mi madre
 no quieres ver enfadada,
 te pido que le contemples,
 y que apruebes cuanto llega.

Silver. Yo?
Cecil. Sí, tú, tú por tí mismo;
 pues como amigo de casa
 y de mi madre, le fia
 su gobierno, y mi enseñanza.

Silver. Valiente loca es mi tia!
 Creer sobre su palabra
 à un hombre que es noble, justo,
 y doctor en Salamanca!

Cecil. Díjasele creer. *Silver.* No quiero.

Cecil. Pues en eso que te agravia?

Silver. En qué? por ejemplo, dime,
 qué razon es, qué crianza
 dejarte à solas con él
 dos horas en esta saja,
 mano á mano? *Cecil.* Él gusta de esto,
 y jamás se le hacen largas.

Silver. Lo creo. (alterado)

Cecil. Sostégate,
 piensa mejor y repara
 que las personas discretas,
 serias y condecoradas,

viven exentas de las
 debilidades humanas,
 de que dicen que adolecen
 los tontos y gente baja.

Silver. Y un imprudente censor,
 un adulador que se ha la
 aquí, caído de las nubes,
 sin que sepamos su patria
 ni sus costumbres, y cuyo
 estado, empleos y casa
 penden de la providencia
 ó de la astucia, se llama
 un sabio? *Cecil.* Sin duda que
 este lo es. *Silver.* Y en qué se añaiza
 esa creencia? *Cecil.* En que él lo dice.

Silver. La prueba es bastante clara
 y convincente! *Cecil.* Ademas
 de que siempre que se habla
 delante de él, contradice
 cuantos asuntos se tratan:
 desprecia á todos: de todo
 entiende, y á todos manda.

Silver. Y es eso, prima, ser sabio?
 Oh cuánto á todos engaña!
 Eso es ver un tuno lleno
 de soberbia é ignorancia.

Cecil. Sabe historia, geografía,
 sabe el blason.... *Silver.* Ciencia rara!

Cecil. Así dice él, y aun añade
 que es muy precisa en las damas.
 Si tú nos vieras correr
 sobre una bola de pasta
 á manera de melon,
 llena de puntos y rayas,
 todo el universo.... Él es
 mi maestro en ciencias varias,
 él me instruye, él me atarea,
 él me adula y me regaña;
 y finalmente, empeñado
 en hacerme hábil, trabaja
 para vencer mi torpeza
 con la mayor eficacia.

Silver. Ay prima! como recelo
 que de esos estudios, nazcan
 desiguos en él.... *Cecil.* Y cuáles
 desiguos? *Silver.* Ver si te agrada.

Cecil. Tanto mejor: ojalá!

Silver. Ojalá? *Cecil.* Yo me alegrára

Silver. Tú te alegraras? de veras?
 y tú lo dices con tanta

- tranquilidad, y á mi propio?
Para el bribon se guardara
un premio, solo debido
á mi amor y á mi constancia!
- Cecil.* Qué es lo que dices, Silverio?
¿Pues acaso tu me amas?
- Silver.* Si yo te amo! Tú lo dudas,
Cecilia? *Cecil.* De qué te espantas?
Pues á mi quien me lo ha dicho?
- Silver.* Quién? mi turbacion, mis ansias,
mi inquietud, y hasta mi propio
silencio te declaraba
mi amor. *Cecil.* Oh querido primo!
no estoy tan adelantada
en este asunto, que pueda
entender lo que tu callas.
- Silver.* Pues mi continuo cuidado,
mis suspiros, mis ojeadas
no te hablaban sin cesar?
- Cecil.* Qué importa que no cesaran
ellos de hablarme, si yo
no entendia una palabra?
- Silver.* No has observado que siempre
que bailamos contradanzas,
te estoy requiebrando?
- Cecil.* Nunca *(con frialdad.)*
lo he notado, ni de nada
de eso me acuerdo.
- Silver.* Sin duda *(furioso.)*
es tu corazon, ingrata,
insensible para mí.
- Cecil.* Amigo, tengo la falta
de no comprender las cosas,
sino me las dicen claras.
- Silver.* Pues te digo, que te amo
como á mi vida y mi alma;
que quiero ser tu marido;
y que jamás con templanza
podré ver á quien pretenda
usurpar mis esperanzas.
- Lo has entendido ahora? *Cecil.* Sí,
y aun te conozco en la cara
y voz, que tienen los zelos
tu imaginacion dañada.
- Silver.* Pues prima, si lo conoces,
en tu mano esta curaria.
- Cecil.* Cómo?
- Silver.* An'ndome igualmente
que yo te amo. *Cecil.* Pues vaya:
supongo que nos amamos
- los dos con una constancia
y una ternura jamás
vista ni representada:
discurre tú que por eso
nuestros padres nos casaran,
y que á un mozo de veinte años
le dieran una muchacha
de diez y seis, solamente
porque á ellos les dé la gana?
- Silver.* Harto lo temo, sin que
me anuncies esa desgracia.
Yo moriré de dolor;
pero antes que muera, basta
para mi consuelo, oír
de tu boca que me amas.
- Cecil.* En buen hora: yo te amo,
y quizá vive la llama
de amor en mí, mas activa,
cuanto mas di mutuada.
Pero has de ser un prudente:
desde hoy tu confianza
en mí ha de ser absoluta:
no has de desmentir la fama
de simple que me convicte
tener con todos en casa:
has de ver, oír y callar,
ó para siempre me enfadas.
- Silver.* No: yo me dominaré
á mí propio: tus palabras
me tranquilizan, y lleno
mi pecho de la esperanza
que le das, caber no pueden *(Sale*
en él pasiones contrarias. *D. Pedro.*
- Pedr.* Cuánto me alegro, hijo mio,
de hallarte: yo te buscaba:
bien puedes estar contento.
Mi hermana... amigo, qué hermano!
Tu tia... esta sí qué es tia!
no hay muger en toda España
como ella: tú lo sabias,
Cecilia, mas lo callabas.
- Cecil.* Yo no sé nada, señor.
- Pedr.* Ella ha leido tu alma
y la mia, y ha llenado
todas nuestras esperanzas.
- Silver.* Cómo padre?
- Pedr.* Sí, hijo mio:
ya puedes desde mañana,
si te se antoja, marchar
para ir á Guatemala

donde está tu regimiento.

Qué ventura tan estraña!

Silver. Qué decís?

Pedr. Lo que te quiere tu tia! Ves á besarla la mano, échate á sus pies, y dale un millon de gracias.

Silver. Pero de qué?

Pedr. De que abriendo tan franca como bizarra la mano, de tu carrera supo abreviar las jornadas, beneficiándote una compañía.

Silver. Señor.... *Pedr.* Anda que ya la gloria te espera y la fortuna te llama: vé, sirve, merece, triunfa, y avísame si te matan.

Silver. Cielos!

Pedr. Qué, te pones serio?

Silver. La bondad estraordinaria de mi tia me confunde; pero podré, padre?... *Pedr.* Habla.

Silver. Será bien que usted consienta una accion en que defrauda á su hija de los bienes de su padre, que le guarda mi tia como tutora?

Cecil. Silverio, tu tienes gana de que te aborrezca? *Silver.* No.

Cecil. Pues no repitas ni en chanza esas voces otra vez.

Silver. Callaré porque lo mandas.

Pedr. Sí, dejenns eso y vamos (porque mi impaciencia iguala á la tuya) á prevenirte para marchar á campaña, y á ver á tu bienhechora, que ya está aquí desairada tu gratitud. *Silver.* Aguardad un momento. *Pedr.* Pues despacha.

Silver. Cecilia... Escuche usted, padre.

Pedr. Qué es alguna confianza?

Silv. Yo, padre mio.... *Pedr.* Al asunto.

Silver. Desde que en aquesta casa estamos, y ví á mi prima, no he cesado de mirarla....

Pedr. Has hecho bien, que es hermosa.

Silver. Es hechicera, es salada.

Pedr. Es agradable, es honesta, y yo la amo.

Silver. Usted la ama, (vivo y fuerte.) padre mio? yo tambien.

Pedr. No es menester que dés tantas voces para que lo crea; las pruebas son necesarias.

Silver. Y qué pruebas? *Pedr.* El amor es premio de las hidalgas acciones: si se le tienes, sirve al rey, sirve á la patria, y hazte digno de su mano por tus hechos y tu fama.

Silver. Sí señor, yo cumpliré con mi obligacion, y en nada desmentiré los antiguos blasones de mi prosapia. Lo que únicamente os ruego es, que antes que me vaya me case usted con mi prima. Qué, pone usted mala cara?

Pedr. Cómo! muchacho, en tu edad, y en visperas de una marcha?

Silver. Padre, los soldados viven de prisa; y quien no repara en mi edad para esponer mi vida en cualquier batalla, tampoco reparar debe en mis pocos años para casarme: dejad que dé á mi amor una semana, y despues le daré toda mi vida al rey, y á la patria.

Cecil. Eso no es posible; tio, por Dios que caso no haga de sus delirios: mi madre quedará escandalizada de tal propuesta, porque me consta que tiene gana de alejarle de nosotros. El la enojará si tarda en irse; y estoy segura de que apenas escuchára ó inhiriese sus ideas, le embiaría noramala; y vuestra interposicion, quedaria desairada.

Pedr. Mas entendimiento tiene ella que tú. *Silver.* Si me amára como yo á ella, no sería

su opinion tan declarada
contra la mia. *Cecil.* El amor

no se prueba con palabras,
ni con acciones violentas;
y tal vez los que mas callan
sufren mas, y son mas finos:
mi corazon te idolatra,
Silverio; mas si me quieret,
finge, modera tus ansias,
y espera; pues solo un soplo,
solo una sospecha, basta
para dejar estinguida
la luz de nuestra esperanza.

Pedr. Caramba, y como se explica!
Es esta la mogigata?

Dice bien, y tú eres loco,
pues ningun cuerdo se casa
con muger moza y bonita,
para al instante dejarla.

Silver. Usted la cuidará. *Cecil.* Primo,
yo sé mejor lo que pasa
que tú: este gasto, este ascenso,
y este viaje, todo es traza
de mi maestro el abate:
él es quien te echa de casa.

Silver. Si yo creyera tal cosa,
era capaz de... *Cecil.* Cachaza,
ten juicio, y déjame á mí.

Don Roque en la confianza
de que soy simple, discurro
que quiere urdir una trama
para enredar á los dos;
pero yo haré que la albarda
se le vuelva, y todo el peso
cargue sobre sus espaldas.

Pedr. Cecilia, no te conozco.

Cecil. Pues qué es lo que usted estraña?

Pedr. Todo; y cualquiera igualmente
que te viera, lo estrañara.

Esa astucia, ese despejo,
esa agudeza, esa gracia
cuando la tuvisteis? *Cecil.* Siempre.

Pedr. Fuego de Dios cuantas maulas
cabén en un cuerpo chico!

Cecil. Pues aun quedan reservadas
muchas, para cuando sea
tiempo de manifestarlas. (*vase.*)

*Salen Doña Luisa y Don Roque. Don
Pedro coge de la mano á Silverio,
y lo presenta.*

Pedr. Luisa, aquí está el capitan
que ahora iba á darte las gracias
de tus favores. *Luis.* Sobrino,

todos los de nuestra raza
han servido al rey, y tú
debes seguir sus pisadas.

Silver. Su egeemplo, querida tia,
y las bondades bizarras
de usted, gobernarán siempre
mi corazon y mi espada.

Luis. Cuándo te vas?

Pedr. Un dia de estos
dispondremos nuestra marcha
á la corte; y desde allí
partirá, luego que haya
proporcion para embarcarse

Luis. Quanto antes de Madrid salga
creeré que será mejor.

Rog. Don Pedro, haced que se vaya
cuanto antes, que no sabeis
todavía quanto daña
el ocio á la juventud.

Virgilio, el Padre Mariana
y Plauto: Ociositas, dicen,
omnium vitiorum est causa.

Silver. Estimamos el aviso.

Luis. Hermano, dí á las muchachas
que te enseñen su equipage.

Silver. Pues que está la ropa blanca
hecha? *Luis.* Y todo lo demas:
ve, que nada te hará falta.

Silver. Tia, que deseo tiene
usted de echarme de casa!

Luis. Todo es por tu bien, y algun
dia me darás las gracias.

Qué es eso? Lloras, hermano?
ese corazon ensancha,
y animale á la partida.

Pedr. Qué es lo que dices, hermana?
yo llorar? en este caso
solo de envidia llorará,
por no hallarme yo en edad
de ponerme la casaca
con su par de charreteras,
mi sombrero con cucarda,
mi fusil, mis fornituras,
mis botines, y mi espada
al costado, entre el doblez
de las faldillas. Mal haya
la hora en que me retiré

de carrera tan gallarda,
tan noble, tan divertida,
y tambien la mas premiada.
Pues que importa que tal vez
no adelanten por desgracia
los militares, si al fin
para ellos solos se guardan
(principalmente en la muerte)
los blasones y la fama,
y en la vida los aplausos
y el amor de las muchachas?

Silver. Viva mi padre. *Pedr.* Silverio,
en cualquiera empeño, abanza,
y no temas; que el amor
y el honor, con dos guirnaldas
están sobre tu cabeza,
con ánimo de dejarlas
caer para coronarte,
como de él triunfando salgas.

Silver. No lo dude usted, pues esos
consejos y esa esperanza,
para que el amor me premie
tras del honor me arrebatan.

Pedr. Pues vamos á prevenirte
para marchar á campaña. (*vanse los*

Luis. Me alegro verle gustoso. (*dos.*

Rog. Vos habeis hecho, madama,
la cosa mas admirable
del mundo y mas acertada.

Luis. Siguiendo vuestros consejos,
no es posible que lo errara.

Rog. Usted me sonroja. Nadie
puede competir las claras
luces de vuestro talento:
siempre la cosa mas alta
será la que vos penseis.

Ah! qué pocos en España
os conocen! Yo quisiera
que supiesen, que admiraran
todos lo que vos valeis.

Ni en Londres, ni en Alemania,
he visto ingenio que tanto
como el vuestro sobresalga.

Si no he estado cómo es facil (*ap.*)
que le viera? *Luis.* Muchas gracias.

Rog. La fuerza es el atributo
del hombre, segun la humana
racional filosofia;
y á la muger la señala
con el de la sutileza

que tiene muchas ventajas;
y así usted adivinó
aquello que yo pensaba;
verificándose en esto,
que por mas que nos aplaudan
á los hombres á la razon,
no sirve para criada
de las criadas de aquel
instinto con que se ensalza
felizmente sobre todas
vuestra razon soberana.

Luis. Señor D. Roque, ahora veo
cuanto las mugeres ganan
en el trato con los sábios.
Las tinieblas que ofuscaban
mi mente, se han disipado:
yo no sé si soy mas sabia
desde que trato con vos,
mas sé que de ello estoy vana;
y que tengo de mi propia
una estimacion muy alta.

Rog. Todavía no es bastante;
y la modestia embaraza
parte á vuestros lucimientos.

Luis. De veras?

Rog. No es la bastarda
adulacion mi carácter;
y si acaso no esperara
que tal vez os enojaraís,
diria cuanto resaltan
en vuestro halagüeño rostro
los talentos y las gracias.
No tuvo el hijo de Vénus
una madre tan bizarra;
ni la sabia Melpomene
tanto en ciencias se adelanta.

Luis. Aunque yo os creo, D. Roque,
puede ser que alucinada
vuestra pasion, sin embargo,
dicte iguales alabanzas....
En fin, mudemos de asunto,
que me pongo colorada.

Rog. Aguardad, señora, y ved
que vuestro juicio se engaña,
pues no adulan los sugeros
de mi ciencia y de mi capa.
Por egemplo, yo os diré
que esa cintura delgada,
esa prodigiosa voz,
esos perfiles de dama,

ese bello natural
 que admiran cuantos os tratan,
 degenera en vuestra hija:
 de suerte que al ver a entrambas,
 ella es cobre y vos sois oro,
 ella es estaño y vos plata.
 Y á veces descubro en ella
 tal cual luz estraordinaria
 de razon, tal cual agrado,
 y tal vez alguna gracia:
 pero ese tacto, ese espíritu,
 esa peregrina llama
 que arde en vos, y que os anima,
 esa total elegancia
 de miembros y de potencias
 que os constituye.... Madama,
 perdonad, nunca en Cecilia
 las veremos heredadas.
 Conozco que soy severo,
 y que esta es demasiada
 claridad con una madre;
 mas cuando puntos se tratan
 de verdad ó de conciencia,
 no hay adulacion que valga.
Luis. Sin embargo, un corazon
 que vos formais, á la larga
 vendrá á ser dócil y honesto.
Roa. Vivo con esa esperanza,
 mi señora Doña Luisa;
 y algo mas adelantada
 estuviera ya, si el primo
 no me la cascabeleara.
Luis. Esas tenemos? A mi hija
 lo que ahora le hace falta
 es una guía segura,
 un hombre de circunstancias
 que la instruya; y ademas
 de la proporcion escasa
 de mi sobrino en los bienes,
 por otras razones varias
 que tengo, no convendria
 jamás yo en que se casaran.
Roa. Qué madre!
Luis. Decid qué amigo
 tan mio y tan de mi casa,
 á cuyo celo, ni aun
 lo futuro se le escapa.
Roa. Vos podeis hallar, señora,
 persona mas ilustrada
 para el fin, mas no tan fiel

ni con intencion tan sana.

Luis. Vos sois suficiente, y nunca
 pensaré en otro: muchacha?

Sale criada 1.^a

1.^a Señora que manda usted?

Luis. Dile á la niña que salga.

1.^a Rato hace que está esperando
 á que el señor la llamara. (*vas.*)

Luis. Cuando esteis solo con ella,
 estudiadle bien el alma.

Roa. Oh! leo yo en su corazon
 lo propio que en una carta.

Sale Cecil. Aquí estoy, señora.

Luis. Hija, ¿
 valiente vida te paras!
 Cuántos días has perdido
 de estudio?

Cecil. Pues no me agrada
 á mi eso tampoco. **Roa.** Vamos,
 que como me dé palabra
 de tomar bien mis lecciones,
 haremos que se resarza
 el tiempo. **Cecil.** Yo si señor.

Luis. Pues qué ha de hacer sino daría
 y volver á la costumbre
 y aplicacion literaria?

Cecil. Siempre fué mi inclinacion
 esa, mas como gustaba
 mi primo de hablar conmigo,
 y no era buena crianza
 dejarle solo, por eso
 no leia ni estudiaba.

Luis. Oyes, y qué te decia?

Cecil. Qué sé yo: mil patochadas:
 muchos enredos que hizo
 cuando en el colegio estaba:
 que les daban de almorzar
 unas veces pan y pasas,
 y otras, migas con salchicha
 muy delgadita y muy rancia.

Roa. Y no hablaba de otra cosa?

Cecil. A veces tambien hablaba
 de la guerra, el egercicio,
 la formacion de batalla;
 y aun me queria enseñar
 el manejo de las armas.
 Yo oia como una tonta,
 pero todo me enfadaba,
 como ustedes pueden creer:

mas estimo yo mis cartas
de geografia y mi historia,
que cien primos.

Roq. Qué muchacha
tan inocente! (*ap. á Doña Luisa.*)

Luis. A lo menos
en su semblante resaltan
la ingenuidad y el rubor.
Mas qué recompensa basta,
Don Roque, á vuestro cuidado?
Pero voime á la otra sala
mientras que dá la leccion;
que á muchachas bien criadas
la presencia de sus madres
á veces las acobarda.

Vase. Don Roque la acompaña hasta
el bastidor, y la hace cortésia.

Roq. Qué madre esta! Señorita,
bien podeis para imitarla
apretar los puños. *Cecil.* Yo,
señor, hasta donde alcanzan
mis fuerzas, me aplicaré.

Roq. Qué docilidad! qué gracia!
la emulacion desde luego
es gran señal. Y tus mapas
y tu globo? *Cecil.* Voy por él.

Roq. No te molestes, aguarda,
que yo iré. *Cecil.* Siempre tomáis
fatigas extraordinarias
por mí. *Roq.* Con que á tí te agraden,
las daré por bien pagadas. (*vase.*)

Cecil. Yo te aseguro que todas
cuantas tomes, serán vanas;
mas voy á usar de una treta
que confunda su ignorancia,
á fin que madre conozca
sus enredos y falacias,
haciendo ver que las necias
son hoy día las mas sabias.

*Sale Don Roque con un mapa que pone
sobre la mesa.*

Roq. Vamos á dar la leccion.
Cecil. Vamos.

Roq. Aplicacion y constancia.
De qué pais discurrinos
últimamente? *Cecil.* De Italia.

Roq. Hola, qué tienes memoria!

Cecil. No tengais desconfianza
de que olvide las lecciones

vuestras. *Roq.* Así aprovecharán.
Cecil. Ellas aprovecharán
mas adelante. *Roq.* Pues vaya:

ahora vamos á viajar
toda la Grecia. *Cecil.* Es muy larga?

Roq. Es el pais que otro tiempo
mereció la mayor fama
por los talentos, las artes
y las hermosuras raras
que florecieron en ella:
allí vuestras tres hermanas
nacieron. *Cecil.* Pues qué mi madre
ha sido otra vez casada,
ni acaso en toda su vida
salió una legua de España?

Roq. Vuestras hermanas, hermosa
Cecilia, fueron las gracias
sin duda. *Cecil.* Señor D. Roque,
qué decís? *Roq.* Al compararlas
con vos, creed que no os adulo,
pues las llevais mil ventajas.

Cecil. Siempre con vuestras lecciones
mezclais algunas palabras
dulces, que yo no comprendo.

Roq. Qué poco las ignoraras
si hubieras nacido en Grecia,
y en aquella edad dorada
cuando en las fiestas de Vénus
y de Flora, coronaban
con azucenas y rosas,
en el mirto entrelazadas,
á la mayor hermosura!

Yo apuesto á que te cercaban
las tropas de las doncellas,
y con himnos y con danzas,
(bien que celosas) ponian
en tus sienes la guirnalda
merecida de una sola,
y apetecida de tantas.

Cecil. Válgame Dios! Cuántas cosas
habeis dicho! Virgen santa!

Roq. Las has entendido bien?

Cecil. Si estoy toda aturrullada,
por una parte confusa,
y por otra parte en habia;
y como lo dice usted
eso con una eficacia...

No creí yo que los sabios
de ese modo se alteraban.

Roq. Cecilia, un sabio es un hombre,

y el saber no le separa
de la sensibilidad.

Cecil. Esa leccion es mas clara:
con qué usted no es insensible?

Rog. Quién te mira y quien te habla,
lo puede ser? *Cecil.* Y la Grecia
cae en Europa ó en Asia?

Rog. Deja ahora eso. *Cecil.* No señor,
que así los días se pasan,
y luego se queja usted
de que no soy aplicada.

Rog. Hablemos claro, *Cecilia*,
de amor la flecha dorada
el pecho me ha traspasado,
y yo fallezco á tus plantas.

Cecil. Qué tiene que ver amor
con la Grecia y con el mapa?

Rog. Fuera de mí estoy! *Cecilia*,
conoces á quien desairas?
al mas verdadero amigo
de tu madre y de tu casa.
A tu mas rendido amante,
así le vuelves la espalda?
Sabiendo que no nos dejan
estar sino en las escasas
horas de la leccion solos,
quieres desaprovecharlas?

Cecil. Si mi madre está escuchando
siempre, y luego me regaña,
y como yo soy tan necia...
(veamos si pega esta traza)
cualquier cosa que me dicen
al instante se me pasa:
si tal cual lo viera escrito,
puede ser que me gustára.

Rog. Permitirás que me atreva
á escribirte un papel? vaya.

Cecil. Y qué me dirá usted en él?
Rog. Piensas que no habrá sobrada
materia en mi pensamiento?

Cecil. Yo no sé lo que me haga,
si diga que sí ó que no...
aunque yo no puedo nada
perder, pues vuestros escritos
para mí son enseñanzas
y lecciones que estudiar
en mis horas reservadas.

Rog. Es así. *Cecil.* Pero os encargo
que pongais las cosas claras
cada una de por sí,

y todas bien esplicadas.

Rog. No te quedarás con duda. (*par.*)

Cecil. Voy, por si madre llama.

Presumidos de discretos,
que os burlais de las muchachas,
y presumis que no hay cosa
tan fácil como engañarlas,
ved cuando esto hacen las lerdas,
que no harán las avisadas.



ACTO SEGUNDO.

Don Pedro y las dos Criadas.

1.^a Adónde nos lleva usted,
señor, con tantos misterios?

Pedr. Aquí. 2.^a Y para qué, señor?

Pedr. Para deciros que os quiero:
y así para que veais
que de vosotras me acuerdo
en la mesa, tomad cada una
un melocoton muy bello.

2.^a Mil gracias. 1.^a Y nos llamaba
usted no mas para eso?

Pedr. No. 1.^a Pues despáchese usted,
que si nos halla el maestro
de la niña tan demas,
reñirá. 2.^a Mas le tememos
que á el ama, y eso que tiene
su merced maldito genio.

1.^a Desde que vino el abate,
tal cual es mas llevadero,
que apenas riñe. 2.^a Qué importa,
si él está siempre riñendo
con todos, porque conoce
lo que adula al ama en eso?

Pedr. Qué es adulador? 1.^a No es cosa!
El otro día comiendo
dijo mi ama casualmente,
le hacian gracia los tuertos;
oyolo, fuese á su cuarto,
se tabicó el ojo izquierdo
con pez, y anduró ocho dias
con el otro solo abierto.
Tambien se figuró á mi ama
que había sonado un trueno
la otra siesta; al punto dijo
rato ha ya que yo observo
y oigo el granizo y las piedras

de á libra que están cayendo.

Pedr. Hace bien, pues así logra estimacion y provecho.

1.^a Eso no lo sabe usted aun bien. *Pedr.* Y vamos á esto: de dónde vino este hombre á casa? 1.^a De los infiernos.

Pedr. Y quién le trajo? 2.^a El demonio.

Pedr. Y qué equipage? 1.^a Estupendo.

2.^a Solo aquello mas preciso para no venir en eneros.

Pedr. Pero cómo se introdujo?

1.^a Trayéndole un caballero por casualidad un día de visita; volvió luego al otro, y fue el caso que al irse estaba lloviendo, y se quedó á comer: despues fue con mi ama á paseo; la hizo creer que era muchacha linda y discreta en extremo, y la niña despreciable.

Con que la llenó de viento á su madre la cabeza: haciéndose el buen concepto, manifestó que venia

á la corte con pretesto de ser Ayo de algun niño, y dar en él un modelo á los padres y á los ayos, de formar hombres perfectos.

Abrió mi ama tonto ojo al escucharle, y creyendo que el educar á los niños y á las niñas, es lo mesmo, para poner á su cargo la nuestra, le hizo mil ruegos: resistióse á los principios el picaron zalamero;

volvióle mi ama á rogar: ya por fin, ablandó el pecho, y la regaló un librito, un mapa y un lapicero á la señorita: ya se convino al magisterio cuando pudiese; ya pudo venir una vez lo menos al día; ya pudo dos; pudo pasarlos enteros despues en casa; y despues

pudo, para fin del euento, comer y dormir en ella; de manera, que ascendiendo de poder en poder, hoy tan poderoso se ha hecho, que manda en mi ama, en su hija, en su hacienda, su dinero, su familia, sus amigos, sus paisanos y sus deudos; y el día que se le antoje, podrá segun lo que veo, echar á palos de casa los criados y los dueños, y recibir á su gusto amos y criados nuevos.

Pedr. Que viva el señor abate.

2.^a Los años que yo deteo.

Pedr. Y aquí para entre los tres, discurrís que los estremos citados, podrán venir á parar en parentesco algun día? 1.^a Que sé yo.

2.^a Yo no sé, pero lo temo.

Pedr. No faltaba mas: aqui *(Sale)* es fuerza poner remedio. *(D.^a Luisa.*

Luis. Hola! Qué es esto? Hermano, tu me estas entreteniéndolo las criadas, y despues no hacen cosa de provecho.

Pedr. Yo las hallé aqui limpiando esta sala, y componiendo, y las dije cuatro chanzas.

1.^a Señora, no hubo mas que esto.

Luis. Y el señor abate? 1.^a Al punto que comió, se encerró dentro de su cuarto; y yo discurro, señora, que está escribiendo.

Luis. Alguna grande obra, digna de su juicio y su talento, será sin duda. *Pedr.* Sí, hermano: antes de mucho yo creo que saldrán á luz sus obras, con pasmo del universo.

Luis. En cuanto pone la mano este hombre, queda perfecto.

1.^a Ay, señora, que la ponga sobre mí á ver si lo quedo.

Luis. No estoy para chistes: id á preparar el espejo y recado de peinarme.

2.^a Chica, borrasca tenemos esta tarde. 1.^a De aquí á poco la templará el iris negro. (*vanse las*

Pedr. Mandas algo, hermana mía? (*dos.*

Luis. No hermano: lo que te ruego es que te vayas cuanto antes y te lleves á Silverio.

Pedr. Está muy bien: sin embargo se me ofrecia un proyecto.

Luis. Cuál?

Pedr. Estos muchachos son buenos primos.

Luis. Por lo mismo es menester separarlos cuanto antes: yo me tengo acá mis motivos: yo no necesito consejos de nadie; y últimamente, yo lo mando, y yo lo quiero.

Pedr. El maestro de la niña, supongo estará de acuerdo contigo en esta materia.

Luis. Pues lo hubiera yo resuelto sin dictámen del señor Don Roque? Todo el empeño de adelantar á tu hijo, su buen corazon lo ha hecho. Bien podeis estarle siempre agradecidos y atentos.

Pedr. Que viva el señor Don Roque, dos mil años. En Marruecos, amarrado á una cadena bien gorda por el pescuezo. (*ap.*)

Luis. Ves á componer tus cofres, ínterin voy á mis rezos antes de peinarne, para salir á dar un paseo.

Pedr. Voy á hacer lo que me mandas pues á complacerte anhelo. (*vase* No salgo de aquí, sin que (*Luisa.* salga el Abate primero; (*ap.*) pero esto quiere mas maña que fuerza: lo estudiaremos. (*vase.*)

Sale Cecilia con un papel en la mano.

Cecil. Qué contenta está mi madre! perdidos tiene los sesos con el hallazgo de este hombre; pero á bien que ya tenemos, aquí un testigo hablador

de quien es este maestro, este sabio universal, este amigo tan modesto y aplaudido de la casa.

A leer el papel vuelvo, que es gracioso: pobre pez, te tragastes el anzuelo! mas pues me has de libertar de la pena y del tormento de carecer de lo que amo, recibe mi tierno afecto. (*le besa.*)

Salv Silver. Hola! qué papel es este que merece tanto aprecio?

Cecil. Esto es nada. *Silv.* Cómo nada? deja, lo leeré. *Cecil.* No quiero.

Silver. Tú lo rebusas? *Cecil.* Si digo que no es nada. *Silv.* Yo he de verlo,

Cecilia. *Cecil.* La verdad, primo, es una cosa de juego.

Silv. Es de alguna amiga? *Cecil.* No.

Silv. De alguna parienta? *Cecil.* Menos.

Silver. Pues de quien es?

Cecil. Es de un hombre, ya que pretendes saberlo.

Silver. De un hombre, y le besas?

Cecil. Sí, le besaba, y le beso otra vez, otras diez veces, otras veinte y otras ciento.

Silv. Pues yo sabré de quien es. (*firma.*)

Cecil. Tú lo sabrás si yo quiero.

Silver. Veamos siquiera el estilo.

Cecil. Conciso, elegante y serio: como de quien es. *Silv.* Cecilia, dámele, si de mis zelos no quieres verme espirar.

Cecil. Y en verdad que perderemos mucho en el mundo, porque haya, un zeloso mas ó menos.

Silver. Solo tus burlas merecen mis sobresaltos? *Cecil.* Silverio, tu me prometiste (en caso de que te amara) ser cuerdo, dulce, afable y modesto.

Silver. Si prima... yo lo soy... pero...

Cecil. Pero pocas impaciencias, que amantes y amigos buenos, deben tener uno de otro confianza entre sí mismos.

Silver. Yo confio, mas... *Cecil.* Tú crees que te amo ó no?

- Silver.* Sí lo creo. *(suspira.)*
- Cecil.* Es de veras? *Silv.* Sí, de veras.
- Cecil.* Pues debes al mismo tiempo creer que nadie hace traicion á quien ama. *Silv.* Lo creo, *(fuerte.)* pero tampoco entre amantes debe haber caso secreto.
- Cecil.* Qué, ya te enfadas? *Silv.* Yo no.
- Cecil.* Pues habla un poco mas quedo: con que en siendo yo tu esposa siempre andarás inquiriendo si recibo algun papel *(aunque sea de cumplimiento)* para pillarle y leerle.
- Silver.* Perdona: no soy tan necio, pero ese papel, querida, que me tiene tan inquieto, yo te le he visto besar, y besar con todo afecto.
- Cecil.* Es así: si yo le hubiera *(al punto que entrastes)* hecho mil pedazo, no estarias zeloso, yo te lo creo. Amigo, la confianza, el mérito verdadero es verme leerle, besarle, y quedarte muy sereno sin saber de quien es, ni porque en mis manos le tengo.
- Silver.* Y á qué hombre de bien se puede proponer eso? Sin embargo, yo confío tanto de tu amor, que pienso que en tí es fineza esta accion que aparezca como zelos.
- Cecil.* Esta buena fé será tu mayor merecimiento: y porque veas cuanto ama Cecilia tu amor sincero, toma ahora el papel, y sabe toda la razon que tengo para apreciarle. *Silver.* No, prima, tu me quieres, yo lo creo, y esto me basta. *Cecil.* Leele, que ahora yo te lo niego.
- Silver.* Veré por obedecerte la firma: pero qué veol
- D. Roque te escribe? *Cecil.* Sí.
- Silver.* Mas es el atrevimiento, que dice que te ama. *Cecil.* Mucho: son los abates muy tiernos.
- Silver.* Y tú besas un papel tan insolente? *Cecil.* Silverio, que no es esto lo ajustado: lee y despues hablaremos.
- Lee Silv.* „Yo te amo, Cecilia mia,
„y tus ojos hechiceros
„me siguen á todas partes:
„jamás estoy en mí mismo....”
Se puede dar mas infamia!
Quién vió mas atrevimiento?
- Cecil.* No te alteres y prosigue, que adelante está lo bueno.
- Lee Silv.* „Todo mi juicio embriagado
„del dulcísimo veneno
„de tus labios, ya fallece,
„y solo respiro un fuego
„que me consume. No huyas
„los encantos placenteros
„de amar y de ser amada.
„No hay debajo de los cielos
„ciencia mejor, ni mejor
„prueba del entendimiento.
„Qué grata es la vida amando!
„Qué dulces son los momentos!
„Quién te pudiera imprimir
„esta leccion en el pecho!”
- Cecil.* Continua. *Silver.* Qué delirio! Qué traicion! Qué atrevimiento!
- Cecil.* Siempre está al fin lo mejor, poco falta. *Silver.* Apenas veo.
- Lee.* „Los nudos que el amor hace,
„los aprieta el himeneo;
„quíereme y vive tranquila,
„que tu madre es lo de menos
„en tal caso; pues es necia,
„y ya sabes el imperio
„que tengo en su corazon;
„ójala fuera tu genio
„tan dócil, y tú tan fácil
„de ceder á mis consejos,
„que pronto se completáran
„mis dichas y mis deseos.”
- Cecil.* Qué dices? *Silv.* Voy á enseñarle á tu madre... *Cecil.* Cepos quedos.
- Silver.* Se debe á un hombre tan malo guardar el menor respeto? Perdona, prima, que nada podrá forzarme al silencio.
- Cecil.* Tú eres demasiado vivo:

si pretendes al momento
vengarte, tú lo estarás
apenas con descubierta
á mi madre este papel.

Silver. Y se logrará á lo menos
que le despida. *Cecil.* Sin duda;
pero se esparcirá luego
el ruido en todo Madrid,
le tildarán con el dedo
todos, le harán mil oprobios;
y el infeliz majadero
quedará perdido por
toda su vida, y hambriento.

Silver. Perdido por una sola
ligereza? no, ya es serio
este lance. *Cecil.* Tú no dudes
que le pierdes. *Silver.* Pues mas quiero
que él se quede sin castigo,
que vengarme á tanto precio.
Ademas, que yo disculpo
su amor, y le compadezco.

Cecil. Ahora sí, primo, que está
mi corazón satisfecho,
y yo tranquila: esta prueba
ha llenado mis deseos.

Silver. Seria yo digno de tí
jamás, si tuviera un genio
vengativo y malhechor?
no, primita, no lo creo.
Mas porque ni aun queden señas
de un instrumento tan fiero,
en pedazos dividido....

Cecil. No, no le rompas, Silverio.

Silver. Por qué?

Cecil. Porque quiero hacerle
poco mal, y mucho miedo
á este hombre; que no es gran cosa
para el delito que ha hecho.

Silver. No. *Cecil.* Pues tu le has de poner
el papel de manifiesto
amenazando su vida
muy furioso; y no pudiendo
negarlo, ni hallar disculpa,
por apaciguarte, espero
que á mi madre ha de vencer
para que nos case él mismo.

Silver. El y su papel serán
el mas oportuno medio:
ya penetro tus ideas,
Cecilia; y tambien penetro

en cuanto te queda siempre
deudor mi agradecimiento,
y á tus pies....

*Se arrodilla, la besa la mano, y es-
tará observando Don Roque.*

Cecil. Don Roque viene; (*bajo.*)
mas no importa, estate quieto.
Levántate, qué locura! (*fuerte.*)
Un capitán todo entero
de infantería á mis pies?
Jesus, si llegara á verlo
el coronel, dí, qué haria?

Silver. Qué habia de hacer? tener celos,
y ver si hallaba otra en quien
emplear sus rendimientos.

Cecil. Levántate. *Silver.* Prima mía,
en el día en que me ausento
me niegas este favor?

Cecil. Anda con Dios, y bien lejos:
y ya que eres oficial,
haz lo que hacen todos ellos,
que es olvidar al instante
y buscar otro cortejo.

Silver. Prima....

Salen Don Roque. Levántese de ahí
el atrevido, el perverso
seductor de la inocencia.
Es esto lo que te enseñó
yo, niña? La confianza
que á él le dan, es para esto?
Aquí le cogí in fraganti,
no hay que negar: yo me alegro
de conocerle.

Silver. Señor... (*fujiendo aturdirse.*)
Pobre de mí, qué es lo que he hecho?

Roq. Cree que no he visto todas
sus libertades y extremos?

Cecil. No es verdad que es mala cosa
el amor? *Roq.* Quién duda eso?

Cecil. Ves como yo te decia
bien? Regáñele usted recio,
y ríñale en forma, que es
un muchacho muy travieso.

Roq. Mañana lo mas temprano
que pueda ser, sin remedio,
ha de salir de esta casa.

Silver. Poco á poco, caballero,
que antes que me despidais
vos, soy yo el que he resuelto

despediros, y aquí está
vuestro pasaporte hecho.
Roq. Y qué pasaporte es ese?
Cecilia. No es nada: es el papelejo
que Va. me escribió. *Roq.* Cual niña?
Cecilia. Aquel en que dice aquello
de los labios, de los ojos,
el dulcísimo veneno,
la necesidad de mi madre,
y los preciosos momentos.
Roq. Qué le ha visto?
Cecilia. Y le ha leído
despacio. *Roq.* Válgame el cielo!
Cecilia. No se enfade usted que como
es mi primo, y nos queremos
tiernamente, no cabía
entre los dos el secreto.
Roq. Me vendistes: soy perdido!
Silver. Yo le leí por deseo
de ver el estilo en que
escribe un sabio maestro
á una niña, que sus padres
le son poco discretos.
Roq. Hay instantes en que el hombre
pierde el juicio, os lo confieso:
perdonad, y dadmele.
Silver. No haré tal cosa.
Roq. Os lo ruego.
Silver. Dios le ampare. *Roq.* Cecilia....
Silver. No tengáis ningún recelo,
porque solo le verán
mi madre y mi tío Don Pedro. (*vase*)
Roq. Dónde iré yo á parar, cuando
sea público mi esceso?
Qué locura fue la mía!
Ya me pesa. *Silver.* Yo lo creo
sin que lo jureis. *Roq.* Amigo,
noble sois, á vos apelo;
haced de suerte que en cara
no se divulgue este cuento.
Silver. Quereis empeñar mi honor
á guardar este secreto,
y además que os facilite
todos aquellos consuelos
á que mis fuerzas alcanzan?
Roq. Así lo suplico puesto
á vuestros pies. (*se arrodilla.*)
Silver. Oh! eso no,
no aspiro á tantos extremos. (*le alza.*)
Roq. Pues mandad.

Silver. Yo amo á Cecilia,
y ella á mí; mas todo nuestro
amor será infructuoso
por el dictamen diverso,
y caprichos de mi tía:
quien es capaz de vencerlos
únicamente, sois vos.
Lograd el consentimiento
de su merced para unos,
y al punto el papel os vuelvo,
se elvda todo este lance;
y aun os daré algunos pesos
con que vivir en Madrid,
mientras logreis ser maestro
de algún niño, que las niñas
ya os han dado el escarmiento.
Roq. Aunque ésta señora me hace
favor, no me libongo
tanto, que....
Silver. No admito excusas:
pensad bien el argumento,
ó la mano de Cecilia
por vuestro favor poseo,
ó mañana en el diario
sale este papel impreso. (*vase.*)
Roq. Qué astucia! Acaso podría
el hombre de mas ingenio
prevenir esta reserva
en una niña? Qué egemplol
Y he de dar la posesion
de la cosa que mas quiero,
á mi mayor enemigo?
Mas qué he de hacer? A lo menos
ya que lo perdimos todo,
siquiera el honor salvemos.
Quien es capaz, oh mugeres!
de llegar á comprenderos?
Sale Doña Luisa.
Luis. D. Roque, dónde anda usted?
Roq. Aquí estaba haciendo tiempo
que acababais de rezar.
Luis. No tengo yo malos rezos!
vuestra pupila.... *Roq.* Decid.
Luis. Mi hija...
Roq. En fin, qué hay de nuevo?
Luis. Bien me habiais vaticinado
el mal de que ahora me quejo.
La niña está enamorada,
perdida, por ese necio
sobrino mío; y mi hermano,

que es otro gran majadero,
me la pide, y aun me quiere
forzar al consentimiento

Rog. Lo saben, y se confian
en el buen corazón vuestro.

Luis. Le tengo gracias á Dios,
amigo, mas no tan bueno
que me conforme con este
disparate: no haya miedo
que yo abandone á mi hija
al amor de ese mozuelo,
loco y desagradecido,
tan vicioso y desatento.
Y para atajar el curso
á esta idea, al punto quiero
declarar á mi hija, el
esposo que darla quiero.

Rog. Qué, habeis hecho ya eleccion?

Luis. Y en el mas digno sugeto.
Sabio, amable, virtuoso,
del carácter mas honesto,
de la mayor solidez,
de espíritu y de talento;
que sea siempre su amigo,
su guía y su consejero.
Sí, Don Roque, y este hombre
único, á quien yo prefiero
entre todos los nacidos
y por nacer, para yerno,
sois vos. *Rog.* Qué es lo que decid?

Yo, señora? *Luis.* Sí, vos mesmo.

Rog. Maldita imprudencia mia, (ap.)
mira lo que por tí pierdo.

Luis. Cecilia pende de mí,
y yo solamente puedo
de su mano disponer.

En cuanto á mi hermano Pedro,
y á mi sobrino, mañana
se irán en amaneciendo,
y si nos estorban, ántes.

Rog. Y que no me caiga muerto! (ap.)

Salen D. Pedro, Cecilia y Silverio.

Pedr. Vengan ustedes conmigo,
y déjenme de recelos.

Luis. Hermano mio, mañana
te vas temprano. *Pedr.* Veremos.

Luis. Y Silverio ha de ir delante.

Pedr. Luisa mia, yo no entiendo
ni sé porque á la verdad
has tomado tan á pecho

la cosa: nuestros muchachos
se quieren; y yo no veo
que su amor sea desgracia
tuya, ni delito de ellos.
Solo el daño que hay aquí,
es tener tú mas dinero
que yo.

Luis. En qué hombre de bien cabe
este indigno pensamiento?

Pobre ó rico sea, tu hijo
es un muchacho sin seso,
ésta una niña insensata,
y yo su madre. Lo cierto
es que no se verán mas,
sino se ven en el cielo.

Pedr. O en otra parte, segun
observen los mandamientos

Luis. Que serenidad. *Pedr.* Hermana,
quieres poner este pleito
en juicio, y que le sentencie
algun prudente tercero
desapasionado? *Luis.* Quién?

Pedr. D. Roque, que aunque le tengo
por tu amigo, no me importa:
á su opinion me sujeto;
y si dice que esta boda
no es conveniente, yo cedo.

Luis. Don Roque eliges por juez?

Pedr. No es cristiano, y es discreto?

Luis. Mucho. *Pedr.* Pues queda elegido
en ese conocimiento,
por mí. *Luis.* Tambien me conformo.

Pedr. Pero cuenta que no andemos
despues con apelaciones.

Luis. Igualmente lo prometio.

Pedr. Pues ánimo: nuestro juez,
póngase usted aquí en medio
pro tribunali, y en vista
de los autos que son estos,
libremente su sentencia
pronuncie, y cúmplase luego.

Rog. Qué diré yo? *Sito.* Si usted gusta,
presentaré un documento
original, que haga fuerza
para probar mi derecho.

Rog. No es necesario. Señora...

Luis. Hablad sin mirar respetos.

Rog. Vos teneis sobre Cecilia
el mas absoluto imperio;
y son leyes para ella

únicas, vuestros decretos.
Al ver titubear á Don Roque, tose Cecilia, Silverio le enseña el papel, y Don Pedro le tira de la casaca.
Luis. Proseguid. **Roq.** Pero una madre que quiere á sus hijos, vemos renunciar su autoridad á veces por complacerlos.
Luis. Firme, Don Roque, mirad que aquí el interés es vuestro.
Pedr. Qué perplegidad es esta?
Roq. Maldito papel! yo tiemblo: (*ap.*)
Silver. y **Cecil.** Hablad.
Roq. Lo que me parece, señora.... y lo que sentencio.... que pues Cecilia ha elegido, que su eleccion aprobemos.
Luis. Cuándo decís que soy madre, y yo á mi hija os prometo por muger, se la cedéis á este loco? no os entiendo.
Silver. Eso, tia mia, es fiarse del hombre cuerdo.
Luis. Va de veras? **Pedr.** No ha de ir, si se celebró el convenio con toda solemnidad?
Luis. Qué motivo hay? **Roq.** El primero, señora, hacer dos dichosos; y el segundo, que yo tengo hace días vocacion de entrar en un monasterio.
Luis. Bien dije yo que este hombre era un santo desde luego. (*ap.*)
Pedr. En fin, hermana, qué dices?
Luis. Qué he de decir? que lo apruebo.
Pedr. Que viva mi hermana: hijos, ponéos á sus pies. *Los dos.* El cielo eternice vuestra vida.
Salen las Criadas. Qué es esto?
Pedr. Que Cecilia se casa con mi Silverio.
Las dos. Señora, de veras? **Luis.** Sí.
Las dos. Sea en hora buena
Cecil. Debemos toda esta felicidad á mi prudente maestro.
Luis. Bien podeis darle las gracias.

Cecil. Muchas: yo soy la que llevo la primera agradecida á decirle.... Esposo tengo (*aparte*) que sabe ya vuestras mañas: (*á él.*) idos mañana al convento, y sino es la vocacion verdadera, á los infiernos.
Roq. Quién vió de la femenina (*ap.*) malicia mejor modelo!
Silver. Dadme, amigo, mil abrazos: en el bolsillo derecho (*idem.*) os dejo aquel papelito; y en otro hallaceis envueltos cuarenta doblones de oro. Idos, y no volvais mas, porque os costará el pellejo.
Luis. Qué es lo que os dicen?
Roq. Señora, ambos me están confundiendo á honras y satisfacciones.
Luis. No hacen los dos nada en eso.
Pedr. Todavía salto yo. En la eleccion que habeis hecho para vos y los muchachos, conozco que sois discreto. Dios que os dió la vocacion, os haga monge perfecto; y sino os gusta, paciencia, ó echaos un cordel al cuello.
Luis. Con que nos dejais, Don Roque?
Roq. Harto, señora, lo siento. Así pudiera volando (*aparte.*) salir de aquí como el cuervo.
 1.^a El maestro llevó cañazo.
 2.^a Despues lo murmuraremos.
Pedr. Ea, hermana, cuanto habia aquí que hacer, ya está hecho: vamos pues á disponer que vayan cuanto mas presto los casados á la iglesia, el monge á su monasterio, nosotros á refrescar, y la familia á pasco para publicar la boda; todos alegres diciendo, que viva el señor Don Roque de los abates modelo.